

Con la hechicería se enlaza, para aumentar el poder del caudillo, el monopolio del comercio. Como intermediario de éste, acapara aquél todo cuanto puede excitar la codicia de sus súbditos, se convierte en dispensador de gracias y satisface los más ardientes deseos. Este sistema que ha llegado en África al colmo del desenvolvimiento, constituye una fuente de poder y es al propio tiempo manantial de benéficas influencias, pues es preciso tener en cuenta que uno de los más poderosos estímulos para el progreso ó, hablando con más circunspección, para las modificaciones en los objetos que constituyen el patrimonio de la civilización de un pueblo, hay que buscarlo en la voluntad de algunos individuos que se elevan por encima de los demás. Oportunamente dice Lubbock, hablando de este particular, que «las armas de guerra están sometidas á mayores cambios que las armas de caza, por lo mismo que dependen principalmente del capricho del caudillo.» Como prueba histórica, haremos constar la variación que por la voluntad de Tschaka, rey de los zulús, hubo de introducirse en la forma de la azagaya, el arma principal de ese pueblo. También encontramos caudillos que robustecen su poder con una superioridad de conocimientos ó de habilidades. Moenkuss, el caudillo manyema, que de un modo tan agradable describe Livingstone, hizo aprender á sus hijos el oficio de herrero; y el caudillo namaquí, Lamert, era el herrero mejor de su pueblo. Ya se comprenderá, sin embargo, que el conocimiento que más se aprecia en un caudillo es el del arte de la guerra, pues más necesita de ésta que de la sabiduría sentenciadora de Salomón, ya que los culpables, en todas las causas difíciles, son descubiertos generalmente por medio de hechizos, y que las sentencias las dicta comunmente el consejo del pueblo, el palaver ó como quiera que se le llame. Sea cual fuere la situación de los caudillos, nunca el poder de los soberanos bárbaros es comparable con el que engendra la rica civilización de un pueblo europeo. Sería, pues, de desear que cuantos describen sus viajes tuvieran la discreción de que dió pruebas el anciano Roberto Morris, quien, en la introducción de su descripción de Dahomey, dice: «No me era posible prescindir en mi narración de las expresiones rey, general, palacio, etc.; pero no se olvide, cuando tales denominaciones se encuentren, que no están en manera alguna destinadas á expresar ideas que á ellas van unidas en la sociedad humana civilizada, y por esto espero que se considerará como una burla disculpable el que llame rey á un bárbaro brutal ó palacio á la casa por él habitada, poco mejor que un gallinero.»

Las guerras de los pueblos naturales son, con frecuencia, mucho menos sangrientas que las nuestras y las más de las veces degeneran en verdaderas caricaturas de guerras formales. Esto no obstante, no es de despreciar la pérdida de seres que ocasionan, ya por su larga duración, ya por la escasa población que suelen tener los países habitados por pueblos naturales. Prescindiendo de las sorpresas que ponen á tribus enteras á merced del despiadado vencedor, las pérdidas en hombres que causan, por ejemplo, las constantes guerras de los fidschianos, son escasas: T. Williams calcula que ascienden, en los tiempos bárbaros, á 1,500 ó 2,000 cada año, «sin contar las viudas que al tener noticia de la muerte de sus maridos se ahorcan.» De todas maneras aquella cifra es suficiente para contribuir poderosamente á la disminución de población. Las armas de fuego han disminuído en esos pueblos, como en todas partes, las guerras, y este resultado se debe seguramente al aumento considerable de bajas que ocasionan. Pero á esas continuas guerras, que podríamos llamar «pequeña guerra,» vienen á juntarse aquellas catástrofes producidas por las sorpresas, en las cua-

les la explosión elemental de la pasión bélica va acompañada de grandes hecatombes humanas. El objetivo final de una guerra sería es, entre los pueblos naturales, no la derrota del enemigo sino su total exterminio; por esto cuando no se puede alcanzar á los hombres, se hace presa en las mujeres y en los niños. «A haber seguido los consejos de nuestros supuestos amigos (los maoríes), — dice Cook en su segundo viaje, — hubiera tenido que acabar con todo el pueblo, pues los habitantes de cada aldea nos excitaban á que matáramos á los de las otras.» Los mismos allegados de la tribu mandada por el caudillo Kahura llegaban hasta á suplicar á Cook que exterminara á este hombre á quien temían y á quien pintaban como perverso. Entre los indígenas del Sud de África viene practicándose, desde muy antiguo, el principio de la exterminación. Comarcas hoy silenciosas y abandonadas estaban en otro tiempo habitadas por una población cuyo número y poderío fueron poco á poco disminuyendo á consecuencia de las guerras y de la carestía. «Tribus enteras han sido de raíz arrancadas de sus antiguas residencias y ó bien han desaparecido de la tierra ó han atravesado con suerte varia, grandes extensiones de terreno, impulsadas por el implacable espectro del hambre. En una extensión de centenares de millas no encontramos huella alguna de una industria indígena, ni siquiera viviendas humanas. Territorios interminables ofrecen sólo el aspecto de un desierto inhabitado (Harris).» El asesinato se junta al robo para producir una miseria de la que apenas pueden formarse idea los pueblos civilizados. En la cima de este poder devastador encontramos las hordas de guerreros ó bandidos, dotadas de mejores condiciones ó por lo menos mejor organizadas, que han llegado á adquirir una verdadera práctica en el asesinato y en las crueldades. De esta índole son, además de los citados watutas, las tribus pastoras de color claro del África oriental (gallas, masais y otras afines) y los indios montados de la América del Norte. Los mismos abisinios cristianos son en la guerra famosos por sus crueldades, y otros se les asemejan mucho por sus guerras interminables. Increíble parece la descripción de las barbaridades que cometen los namaquíes contra los hereros y los bosquimanos. Comunes son las mutilaciones de manos, pies ó nariz, que con frecuencia tienen al mismo tiempo por objeto «marcar» á los prisioneros, cuya vida las más de las veces corre un verdadero peligro á causa de tales actos de barbarie. Uno de éstos es el tatuaje de los prisioneros de guerra. Lichtenstein vió á un hotentote de la tribu de los grandes namaquíes á quien los damaras habian circuncidado y arrancado los dientes superiores en calidad de prisionero, y dice: «El infeliz nos enseñaba sus cicatrices y nos decía que si fuera hecho segunda vez prisionero por aquéllos, estas señales, perfectamente visibles, serían causa segura de su muerte.»

Las pérdidas de vida y salud y la suma de tormentos á que está expuesta una población sometida pasan con el tiempo, pero queda siempre la profunda impresión moral: aquellos males podrían remediarse con algunas generaciones pacíficas, si no naciese de ellas otro inconveniente de índole moral y de mayor trascendencia, cual es la ninguna confianza que inspiran á cada uno sus semejantes y la eficacia de los poderes morales, de los deseos de paz y la santidad de la palabra empeñada. La política de los pueblos civilizados no se distingue ciertamente por la lealtad ni por la confianza, pero la de los pueblos naturales es la expresión de las más bajas condiciones de la desconfianza, de la deslealtad y de la falta absoluta de consideración. En ellos no se procura conseguir, obtener cosa alguna sino por los medios de la perfidia y el terror; naciendo de aquí la des-

confianza general, cuyas consecuencias, hostiles á toda civilización, no pueden describirse. Desconsoladoras en extremo son las palabras de Livingstone cuando dice, hablando de los maravis de la margen occidental del Nyassa, que por regla general conocen perfectamente los ríos y sus afluentes pero que, en cambio, conocen muy mal á los que junto á ellos habitan, porque la naturaleza permanece siempre neutral, al paso que los hombres casi siempre son enemigos unos de otros. Esto ha tenido, para la política europea puesta en frente de los pueblos naturales, la ventaja de tener raras veces que luchar contra considerables fuerzas indígenas unidas. Quizás el único ejemplo notable de estas uniones es la alianza de las «seis naciones» de indios norteamericanos, de la tribu de los irokeses, que durante los siglos décimoséptimo y décimooctavo constituyó en varias ocasiones un peligro para los europeos. Una tentativa de alianza que hubiera podido ser muy funesta, fué la que después del llamado tratado de Sand River, de 1852 (entre el gobierno del Cabo y los Estados agrícolas libres), intentarían los griquíes, los basutos, los bakwenas y otras tribus btschuanas; pero no llegó á consumarse, y la experiencia ha venido á demostrar lo poco que podían las tribus sudamericanas, á pesar de su superioridad numérica y de su relativamente notable destreza bélica, por faltarles precisamente la confianza moral é intelectual, que hubiera podido unirlos y dar robustez á sus esfuerzos. Siempre volvemos al mismo punto, á saber: poco vigor en los poderes morales é intelectuales y por ende falta de toda cohesión y de toda consecuencia en sus actos.

El obispo Crowther, en su expedición al Nilo, hace notar con razón cuán mal obran los viajeros europeos no fijando su atención en el temor é inseguridad constantes de los indígenas, que son resultado necesario de las frecuentes traiciones de sus enemigos. «Uno y otra son causa de que no abandonen nunca el arco y las flechas y de que estén siempre dispuestos á hacer uso, á la menor señal, de sus mortíferas lanzas.» Al propio tiempo, recomienda que se observe la conducta más pacífica y más franca para extirpar esta planta de la desconfianza que en todas partes se desarrolla y que es el verdadero gusano roedor de la vida de esos pueblos. Es, en efecto, muy digno de tenerse en cuenta el hecho de que la inmensa mayoría de los pueblos naturales va siempre provista de sus armas (véase el grabado que se acompaña en la página 53): nada demuestra tanto la mayor civilización de Uganda como el hecho de ser, en este país, las armas sustituidas por los bastones de paseo. Por último, merece también consignarse que el derecho de venganza, ó pena del talió, es una institución generalizada entre los pueblos de escasa cultura, llegando á adquirir terribles proporciones entre los polinesios y melanesios, á todos los cuales puede aplicarse lo que dice Cook hablando de los neozelandeses: «Paréceme que los neozelandeses viven presa de un miedo constante á recíprocos ataques. Son muy pocas las tribus que no creen haber sufrido alguna injusticia de parte de otra cualquiera, y que por ende no piensen continuamente en la venganza.» Es indudable que ese derecho pertenece al número de las instituciones primitivas.

Si dirigimos nuestras miradas á aquellos pueblos, como los gallas y los apaches, cuyas costumbres se reducen á la guerra y al robo, veremos que el grado de inseguridad que en los mismos se nota está en cierto modo relacionado con las condiciones generales de su existencia. Cualquiera observador puede notar la desconfianza del bosquimán, y los australianos sienten hacia sus vecinos envidia, odio y miedo.

De esta suerte, una situación miserabilísima se enlaza

con un estado de continua desconfianza y de predisposición á la lucha, que aumenta todavía más aquella miseria. Podría creerse que en la mayoría de los casos es exacta la opinión de Cook de que el deseo de una comida succulenta no es una de las menos poderosas causas de las hostilidades de los neozelandeses.

Una de las cosas que caracterizan la crudeza de esa lucha por la existencia en tales condiciones es que el instinto de combatir, de exterminar si es posible al extranjero que pisa su suelo, que quiere comer sus frutos ó beber sus aguas, en ningún pueblo natural está tan desarrollado como en el neozelandés, por otra parte tan oprimido, tan débil y tan tímido. En él no hay diferencia alguna entre el Sud y el Norte, y no recordamos ninguna expedición al interior de Australia que no haya tenido que sostener luchas con los indígenas: la rápida extinción de los australianos debe en gran parte atribuirse á esta cualidad de su carácter que se parece á la costumbre que tienen los animales carnívoros de enseñar los dientes cuando ven amenazados su guarda ó su botín.

La misma frecuencia con que se reproducen las luchas nos demuestra que en aquellos pueblos naturales faltos de una organización encaminada al robo y á la guerra y más ó menos alimentada por ésta, como los zulús ó los watutas, los combates no han de ser muy sangrientos, y su encarnizamiento es amenguado por otros medios naturales, como, por ejemplo, por los insultos recíprocos, que desempeñan un papel importante en las contiendas. Hablando de los bongos, dice Schweinfurth: «Durante las pausas que los combates ofrecen, los combatientes, convenientemente alejados, suben á todas las elevaciones que el terreno presenta, especialmente á los montones formados por las hormigas blancas, de 10 á 15 pies de altura, y desde ellos los beligerantes se dirigen mutuamente, por espacio de algunas horas, los más ridículos insultos y provocaciones. Cuando, llegados á la frontera meridional del territorio uandosche, hubimos de defendernos durante algunos días en una espesura contra los ataques de los indígenas, llegaban á nuestros oídos los gritos que de hora en hora éstos lanzaban: «Todos los turcos (así se denominan los nubios en los países de los negros) — gritaban, — han de sucumbir, ninguno ha de salir del país, nunca han de volver; á la marmita con los turcos, ¡carne, carne!» La importancia de las guerras disminuye también naturalmente cuanto más pequeñas son las potencias que en ellas toman parte; por esto las guerras de aldea de los africanos occidentales, fuera de ellas tan indolentes y tan dados á la buena vida, no son hoy tan sangrientas como en tiempo de López, en que el Congo y Angola se hacían la guerra con muchos millares de combatientes. Estos frívolos hijos de la naturaleza consideran la guerra desde un punto de vista de cierta generalidad formal, que se refiere más bien á las condiciones exteriores accidentales, que al carácter sanguinario de este azote de la humanidad. La guerra, es, pues, en sus manos una arma embotada. Lo que ellos llaman hostilidades va precedido de largas demostraciones terrestres y fluviales, que no dejan de ser imponentes: si estas demostraciones ó los innumerables «palavers» — entrevistas en las cuales se consume por lo general gran cantidad de aguardiente — no producen resultado, comienzan las hostilidades propiamente dichas, cuyas víctimas son, en su gran mayoría, personas indefensas que caen en poder del enemigo. Casi nunca se traban verdaderos combates, y en éstos nunca luchan los dos bandos en confusa mezcla, sino que los combatientes se mantienen tanto como pueden fuera de tiro, demostrando en su manera de procurarse defensas una previsión y una inventiva



que causarían envidia á algunos de nuestros modernos generales. Este sistema de guerra no causa, es verdad, grandes bajas al enemigo, pero tiene en cambio la ventaja de poder ambas partes sostener la lucha con facilidad y por mucho tiempo; de suerte que combaten durante meses enteros sin que el número de sus muertos y heridos llegue á una docena. Pero con el tiempo, uno de los dos beligerantes se cansa ó se fastidia, y el resultado viene á ser, en definitiva, el mismo que produce el sistema «científico» de guerra del siglo décimonono.

¿Quién dudará de que este estado latente de guerra es una causa importante del atraso en que se encuentran los pueblos naturales? La importancia de los Estados civilizados, que han trabajado para llegar á un alto grado de desarrollo, estriba en que por un impulso recíproco obran unos sobre otros, de cuya acción resultan productos cada vez más perfeccionados. En el estado de guerra permanente falta precisamente ese impulso recíproco; los elementos de cultura que interior y exteriormente ejercen su influencia se sienten de un mismo modo debilitados, y la consecuencia de ello es el estancamiento, cuando no el retroceso.

La vaguedad de las fronteras, en la esencia de las formaciones de Estados de los pueblos naturales, reconoce dos causas: primera, que el estado de guerra trae consigo continuos cambios de residencia y de esferas de poder; y segunda que el poder, que desde el centro gobierna el Estado y mantiene su cohesión, deja ver, precisamente en los territorios periféricos, es decir, fronterizos, los cambios que su fortaleza sufre, variando su fuerza de atracción y conexión. Lo que dice Schlatter hablando de los nogaios, — que su país, en un principio, no tuvo fronteras, sino que éstas les fueron trazadas por el movimiento de avance de las colonias agrícolas alemanas y rusas, — puede, en el fondo, aplicarse á todos los pueblos naturales y especialmente á los nómadas. La determinación de fronteras fijas pudo hacerse por vez primera cuando se encontraron los dos sistemas antagónicos de cultura y de vida, del nomadismo y de la agricultura. Entonces hubieron de trazarse necesariamente á los pueblos de las estepas fronteras bien marcadas, pero para ello no era bastante por sí sola la naturaleza por grande que fuera el contraste entre los campos y las estepas, sino que el arte hubo de venir en su ayuda, construyendo terraplenes y murallas. Los territorios de estepas son los países de los muros chinos y de los terraplenes cosacos, cuya presencia, en el centro de Europa, demuestra la difusión de los bárbaros en otro tiempo. Alemania tiene algunas de estas obras procedentes del tiempo de los romanos, y en el interior de Rusia se encuentra, junto á Pensa, un terraplén fronterizo que llega hasta Tambow y que se cruza con otro que se extiende desde Simbirsk hasta Kursk. Estos notables terraplenes y murallas van tomando después un carácter de generalidad, hasta que encontramos el ejemplo más grandioso y menos eficaz de esta clase de obras, representado por la colosal muralla de la China que, extendiéndose desde Sutschen hasta Girin, había de separar al pueblo sedentario más numeroso de Asia del más importante pueblo nómada. Aun durante nuestro siglo se han construido, por ejemplo, en tiempo de Perowski, terraplenes de defensa en una larga extensión, para proteger de las irrupciones de los nómadas á las estepas kirgisas, situadas en la frontera europeo-asiática.

La dificultad de fijar estos límites es causa de que la formación de grandes Estados no pueda ser duradera en los estados primitivos de cultura. Con razón ha calificado Leopoldo de Ranke de principio experimental el de que

al estudio de la historia general no se ofrecen, en un principio, grandes monarquías, sino pequeños distritos de tribus ó confederaciones parecidas á Estados. Esto es lo que enseña la historia de los grandes reinos, de suerte que hasta el mismo imperio chino puede ser retrotraído á un origen muy pequeño. Los grandes Estados han sido de corta duración, excepción hecha del romano, y aun el Estado chino ha atravesado períodos de disgregación. Parece como que los pueblos hayan aprendido del imperio romano el modo cómo deben ser administrados los grandes países para mantenerse grandes, á lo menos por algún tiempo, pues desde entonces la historia ha visto levantarse y conservarse durante siglos imperios más vastos que el romano. Además del recuerdo de las enseñanzas históricas ha contribuido poderosamente á ello el aumento de las poblaciones y la influencia de sus intereses materiales.

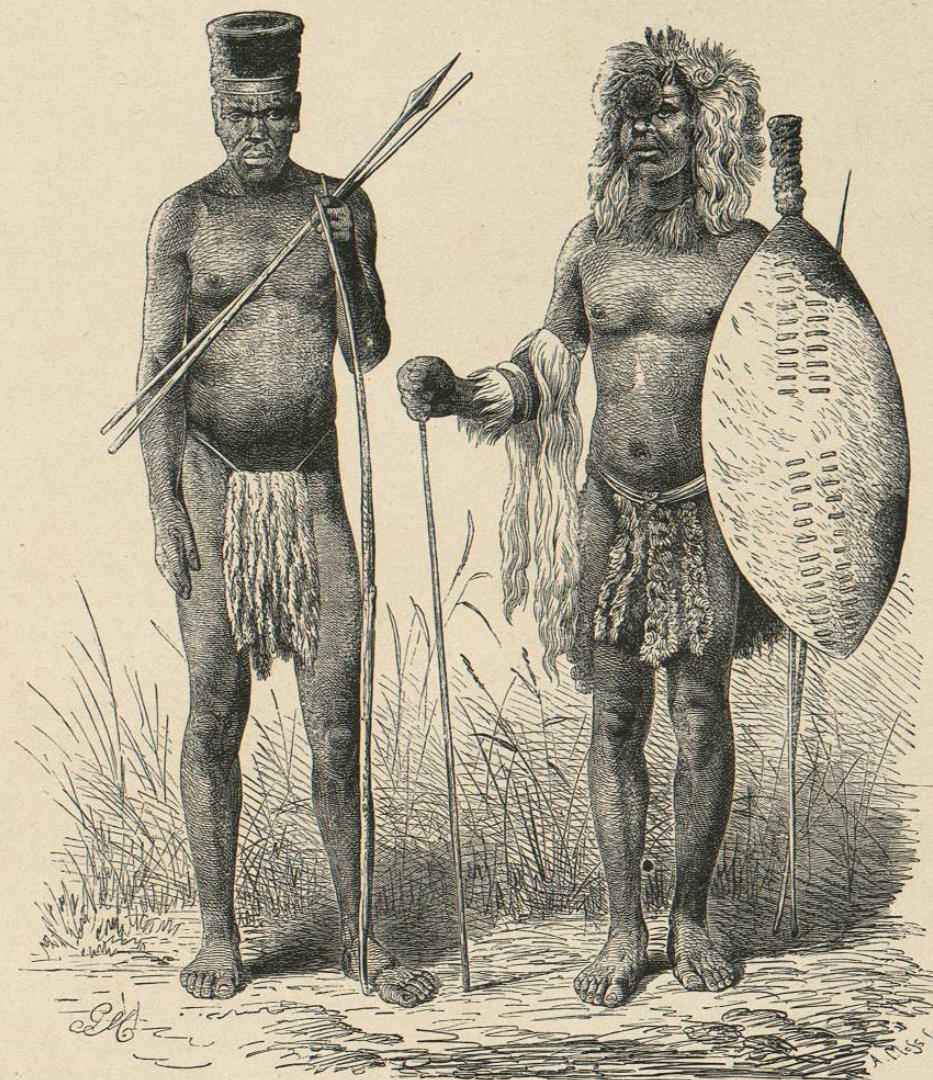
El país más poblado de todos los incivilizados, el África de los negros, no contiene ningún Estado verdaderamente grande. Cuanto más grande es un imperio, menos dura y es menor su cohesión: se necesita la fuerza de organización y de unión de los fulbas ó de los gallas-wahumas no sólo para fundar un imperio como Sokotd y Uganda, si que también para conservarlo. Los zulús, que tan adelantados se encuentran desde el punto de vista de la organización guerrera, no han podido sostenerse más allá de sus fronteras naturales y mantenerse, al propio tiempo, unidos á su país: fáltales para ello la organización pacífica, que naturalmente representa un grado más elevado que la guerrera. Esta falta de una firme cohesión interna la observamos también en los Estados mahometanos del Sudán y es asimismo causa de la debilidad, víctimas de la cual sucumben los Estados de la América central y meridional. Cuanto más á fondo se conoce la verdadera esencia del antiguo Méjico, menos inclinado se siente uno á dar los nombres de imperio y de emperador á esta alianza nada firme de los caudillos de Anahuac. En el archipiélago malayo parece elevarse por primera vez, gracias á la influencia del islamismo, la formación de Estados á un grado más alto que la clasificación en aldeas. La claridad y la firmeza en cuestiones de cohesión política faltan hasta en las potencias más grandes del Sud y del Este de Asia y sobre todo en la mayor de todas, en China: ambas son privilegio de los grados superiores de cultura.

En vez de ensanchar un Estado, fundábanse otros nuevos por medio de la emigración y de la conquista. Es admirable ver cómo en África y en otras partes nos encontramos siempre con la misma tradición: un soberano envía á un ejército de guerreros para conquistar un país ó una ciudad, pero no habiendo podido éstos conseguir su objeto, se establecen tranquilamente y acaban por casarse con las hijas de aquellos á quienes querían sojuzgar. Tal es el origen de los matabeles y, al parecer, el de los mazitus; así se explican las colonias de fulbas que en el bajo Níger se encuentran (como Gandiko y Zhibu) y los oasis chinos en los territorios schanes, y otros. No hay que dar crédito á todas las tradiciones, ni que ver en ellas una prueba del importante papel que en las mezclas de pueblos han ejercido antiguamente las guerras, ni de la dificultad de fundar Estados sólidos, en vez de los cuales encontramos la disgregación de colonias realizada, ora por la guerra, ora pacíficamente. Los alfures de las islas orientales del archipiélago malayo tienen reglas determinadas para la administración de sus colonias, y la fundación de éstas debió ser en la antigua Polinesia una rama de la administración pública, como lo fué, en otro tiempo, en Grecia.

Entre los pueblos de escasa cultura aparece naturalmen-

te más atrasada aquella fuerza agrupadora que nace de la lucha contra los peligros naturales, ante cuya amenaza únese, para la común defensa, la totalidad de un pueblo ó una buena parte del mismo: en ellos, un poder fuerte, agrupador y favorable á la apreciación de los intereses comunes, influye de una manera provechosa en la cultura general. Uno de los más notables ejemplos lo ofrecen las remotas

costas del mar del Norte, en Alemania, y de los Países Bajos, en donde el común peligro del rompimiento de los diques y de las inundaciones causadas por enfurecidas corrientes, produce una agrupación de hombres que es de felices resultados, aun en otros sentidos. Con gran talento ha enlazado el mito la lucha contra estos poderes naturales de las hidras con muchas cabezas y del cruel monstruo



Guerreros zulús (de una fotografía que posee el director de las misiones, Dr. Wangemann, de Berlín)

marino que, salido del mar, se arrastra por la tierra, con el recuerdo de los bienes supremos que para los pueblos constituyen la fundación de Estados y la conquista de la civilización: esto se demuestra mejor que en ningún otro en el pueblo chino, que en su país, abundante en ríos y en pantanos, había de tener un trabajo más que suficiente en poner diques y secar sus Schem, Schun, Jao y otros. En Egipto, la historia nos demuestra la eficacia análoga de los cuidados que cada año traían consigo el riego y la rectificación de mojoneros del país.

De una manera favorable á la civilización hubieron de influir las necesidades comunes que arrancan al hombre del estado de aislamiento que parece ser su estado natural,

y que robustecen principalmente la existencia del Estado que organiza los recursos propios para satisfacerlas.

La comunidad de dominio y de intereses engendra los Estados. La conciencia de la cohesión nacional, como fuerza creadora de Estados, se abre paso más tarde, cuando dejan sentir su peso los intereses morales de los pueblos. En casi todos los países de la tierra que ofrecen grandes unidades políticas, encontramos asimismo distintas nacionalidades, unas al lado de otras: sólo en los pequeños Estados vemos una tribu única. En los mayores Estados europeos, Italia, el más joven, es también el único cuyo territorio está totalmente habitado por una población del mismo origen.